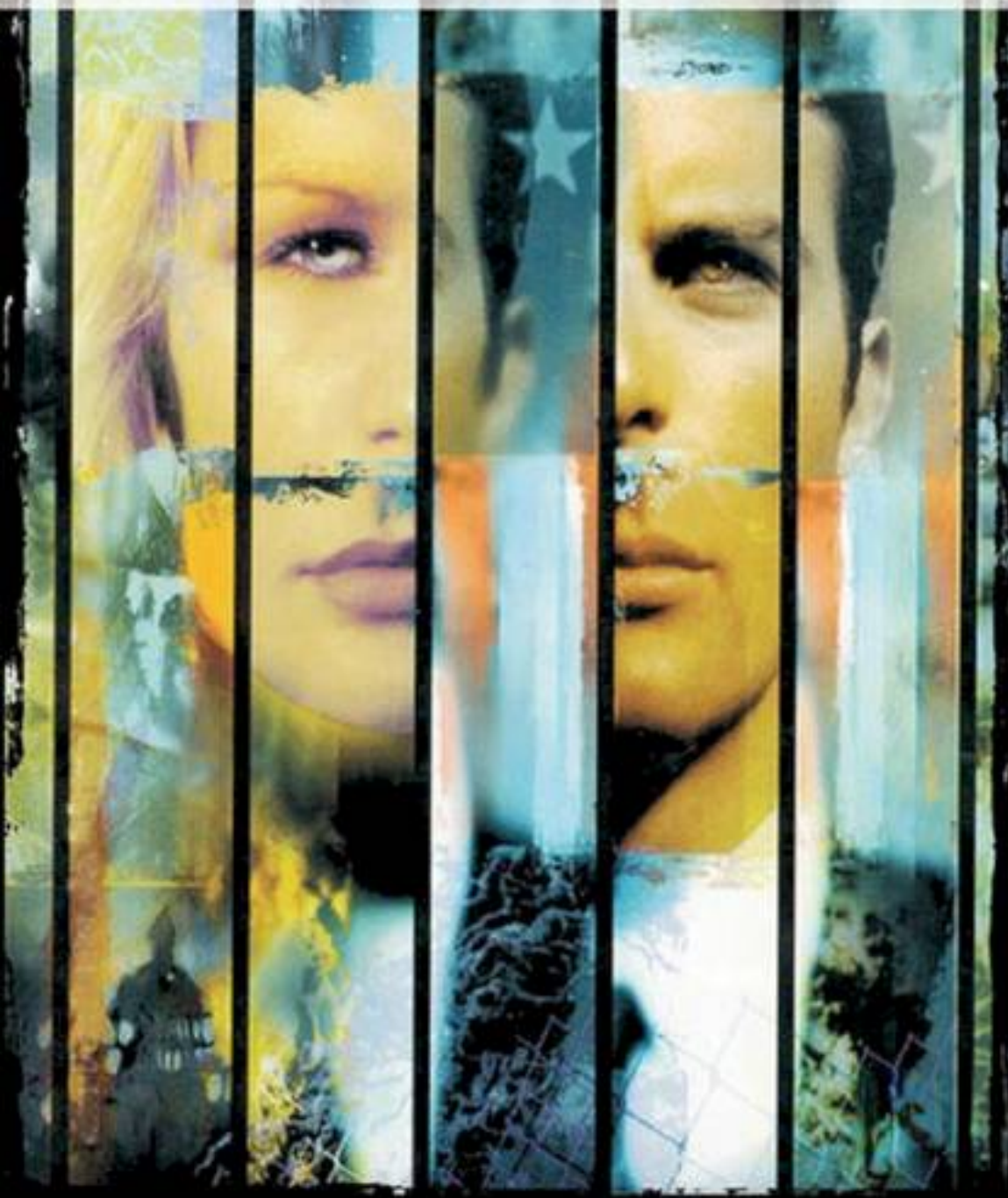


Galardonada como mejor novela publicada en el Reino Unido en 2000

Bruce Sterling
Distracción



El gobierno federal está en bancarrota, las ciudades son de propiedad privada, los militares extorsionan a los ciudadanos por las calles... El último lugar donde nadie espera hallar una respuesta es la capital de la nación. Estamos en noviembre de 2044, año de elecciones en Estados Unidos.

Washington se ha convertido en un circo, y nadie lo sabe mejor que Oscar Valparaíso, un maestro en los vericuetos de la política, que ha permanecido durante años en la sombra. Ahora desea lograr algo completamente inusual. Quiere que lo que hace importe. Pero tiene un grotesco e inexpressable escándalo que atormenta su vida personal.

Greta Penninger, su inesperada aliada, es una dotada neuróloga al borde mismo de la revolución neural. Juntos, llegan a conocer la mente humana por dentro y por fuera. Y se disponen a usar ese conocimiento para difundir un poderoso mensaje: existe un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Es una idea cuyo tiempo ha llegado... de nuevo. Y de nuevo tiene sus enemigos. Como todos los revolucionarios, puede que no sobrevivan para cambiar el mundo, pero están decididos a darle un nuevo impulso.

1

Oscar estudió el vídeo de los disturbios de Worcester por quincuagésima primera vez (según su portátil). Aquel pedazo de ochenta minutos de espasmódico metraje era en la actualidad el objeto de meditación profesional preferido de Oscar. Era un conjunto de granulosas fotos tomadas por una cámara de seguridad en Massachusetts.

La prensa llamó a aquel suceso «los disturbios de Worcester del Primero de Mayo del 42». Un suceso que en opinión profesional de Oscar no merecía el término de «disturbios», porque aunque resultó extremadamente destructivo, en realidad no disturbó nada.

Las primeras fotos de seguridad mostraban a una típica multitud callejera de Massachusetts, gente caminando por la calle. Worcester era tradicionalmente una ciudad más bien tosca y fea, pero como muchas zonas del viejo noreste industrial, se había recuperado algo últimamente. Nadie en la multitud mostraba el menor signo de agresión o furia. Ciertamente, no ocurría nada que provocara la atención de las autoridades y sus distintas formas de vigilancia mecánica. Tan sólo la gente normal comprando, paseando. Una fila de clientes del banco delante de un cajero automático. Un autobús deteniéndose en su parada y descargando a sus pasajeros.

Luego, poco a poco, la multitud en la calle se fue haciendo más densa. Había más gente en movimiento. Y, aunque no resultaba fácil de ver, más y más de esta gente llevaba maletas, o mochilas, o bolsas de respetable tamaño.

Oscar sabía muy bien que aquella gente de aspecto muy normal estaba unida en una conspiración. Lo que más despertaba su admiración era la absoluta brillantez de la forma como iban vestidos, la total anonimidad e imperturbabilidad de su comportamiento. Definitivamente no eran naturales de Worcester, Massachusetts, pero cada uno de ellos era una hábil destilación de la imagen pública de Worcester. Todos eran deliberados fraudes y falsificaciones, pero eran brillantes en ello, desconocidos abocados a la destrucción que eran casi imposible de apreciar.

No encajaban en ningún perfil demográfico conocido de buscaproblemas, o criminales, o radicales violentos. Cualquier medida de seguridad que los excluyera excluiría a todo el mundo en la ciudad.

Oscar supuso que todos eran proles radicales. Disidentes, autonomistas, gitanos, gente del sindicato de los desocupados. Era una suposición razonable, puesto que una cuarta parte de la población norteamericana ya no tenía trabajo. Más de la mitad de la gente en la Norteamérica moderna había renunciado a un empleo formal. La economía moderna ya no generaba muchos roles comerciales que pudieran ocupar el tiempo de la gente.

Con millones de personas estructuralmente desarraigadas, no había falta de material de recluta para cultos, pandillas proletarias y turbas callejeras. Las grandes turbas eran algo bastante común en esos días, pero esta organización del Primero de Mayo no era una turba. No eran tampoco la pandilla callejera estándar ni la milicia. Porque no se saludaban entre sí. No se daban ni se recibían visiblemente órdenes, no había colores ni señales con la mano, ninguna jerarquía visible. No mostraban el menor signo de reconocimiento mutuo.

De hecho —Oscar había llegado a esta conclusión sólo después de un atento y repetido estudio de la cinta—, ni siquiera eran conscientes de su existencia mutua como miembros del mismo grupo. Incluso sospechaba que mu-

chos de ellos —quizá la mayoría de ellos— no sabían lo que iban a hacer.

Luego, todos entraron en acción. Era algo sorprendente, incluso tras haberlo visto cincuenta veces.

Las bombas de humo estallaron, velando la calle con una bruma. Bolsas y maletas y mochilas se abrieron, y sus propietarios sacaron y desplegaron un hasta entonces invisible arsenal de taladradoras, y cizallas, y martillos neumáticos. Avanzaron en medio del torbellineante humo y se pusieron a trabajar como si demolieran bancos cada día.

Apareció una camioneta marrón, sin placas de matrícula. Mientras avanzaba por la calle todos los demás vehículos quedaron muertos. Ninguno de esos vehículos volvería a moverse nunca, porque sus circuitos acababan de ser inutilizados para siempre por el pulso magnético de alta frecuencia que, no por casualidad precisamente, había arruinado todo el *hardware* financiero dentro del banco.

La camioneta marrón desapareció para no volver nunca más. Fue reemplazada al poco tiempo por un gran camión grúa de aspecto oficial. El camión grúa se subió osadamente a la acera, se enganchó al cajero automático y arrancó la máquina blindada de la pared en medio de una cascada de ladrillos rotos. Dos transeúntes al azar aseguraron diestramente el cajero automático en el camión con cuerdas. Entonces el camión, tras pensárselo un poco, eligió una limusina aparcada perteneciente a un empleado del banco y se marchó con ella también.

En ese punto, el brazo de un hombre joven apareció en primer plano. Una recia mano morena apretó un botón, y un aerosol roció con pintura la lente de la cámara de seguridad. Ése fue el fin del metraje de vigilancia registrado.

Pero no fue el final del ataque. Los atacantes no se limitaron a robar el banco. Se llevaron consigo todo lo que pudieron cargar, incluidas las cámaras de seguridad, las alfombras, las sillas y las instalaciones eléctricas y sanitarias. Los conspiradores *castigaron* deliberadamente al banco, por ra-

zones sólo conocidas por ellos o por sus desconocidos controladores. Sellaron con cola ultrarrápida puertas y destruyeron ventanas, cortaron los cables de energía y comunicaciones, arrojaron hediondas toxinas en todos los huecos, echaron cemento en los inodoros y desagües. En ocho minutos, sesenta personas arruinaron tan completamente el edificio que tuvo que ser condenado y más tarde demolido.

La subsiguiente investigación criminal no consiguió detener, acusar o siquiera identificar a uno sólo de aquellos «alteradores del orden público». El hecho centró la atención sobre el banco de Worcester, y a raíz de ello brotaron a la superficie una serie de graves irregularidades financieras. El escándalo condujo finalmente a la dimisión de tres representantes del estado de Massachusetts y el encarcelamiento de cuatro ejecutivos del banco y del alcalde de Worcester. El escándalo del banco de Worcester se convirtió en uno de los temas principales en la siguiente campaña para el Senado de los Estados Unidos.

Este acontecimiento era claramente significativo. Había requerido organización, observación, decisión, ejecución. Fue un gesto de brutal autoridad surgido de algún nuevo centro de poder. Alguien había hecho todo aquello con una meticulosa finalidad e intención, pero ¿cómo? ¿Cómo se había conseguido la lealtad de todos aquellos agentes? ¿Cómo habían sido reclutados, entrenados, vestidos, pagados, transportados? Y —lo más sorprendente de todo—, ¿cómo se había asegurado después su silencio?

Oscar Valparaíso había imaginado en una ocasión la política como una partida de ajedrez. Su tipo de partida de ajedrez. Peones, caballos y reinas, potencias y estrategias, filas y columnas, cuadros blancos y cuadros negros. Estudiar aquella cinta lo había curado de esa metáfora. Porque este fenómeno en la cinta no era una pieza de ajedrez. Estaba allí en el tablero público, de acuerdo, pero no era una torre o un alfil. Era un empapado calamar, un enjambre de

abejas. Era una nueva entidad que perseguía su propia agenda octogonal, y se desvanecía en los silenciosos intersticios de una profundamente reticulada y cada vez menos lineal sociedad.

Oscar suspiró, cerró su portátil y miró a todo lo largo del autobús. Sus compañeros de campaña llevaban viviendo en el autobús trece semanas, en medio de una lenta marea creciente de basura de carretera. Ahora se sentían victoriosos, relajándose tras la heroica lucha de la campaña. Alcott Bambakias, su patrón hasta entonces, era el nuevo senador electo de los Estados Unidos por Massachusetts. Había conseguido su victoria. La campaña de Bambakias había recibido carpetazo y dejada de lado.

Y sin embargo, doce miembros del personal seguían viviendo dentro del autobús del senador. Roncaban en sus literas plegables, jugaban al póquer en las mesitas escamoteables, pisoteaban sus ubicuos montones de ropa sucia. Ocasionalmente asaltaban los armarios en busca de algo que comer.

La manga de Oscar sonó. Rebuscó en su interior, recuperó un teléfono de tela y puso ausentemente su auricular en su lugar. Habló en su micrófono.

—Adelante, Fontenot.

—¿Quiere llegar al laboratorio científico esta noche? —preguntó Fontenot.

—Eso sería estupendo.

—¿Cuánto vale para usted? Tenemos un problema de bloqueo de carretera.

—Nos están extorsionando, ¿eh? —dijo Oscar, frunciendo el ceño bajo su immaculado pelo—. ¿Desean un soborno, así, de forma directa? ¿Es tan simple como eso?

—Ya nada es nunca simple —dijo Fontenot. El encargado de la seguridad de la campaña no intentaba ser sarcástico. Estaba exponiendo un hecho de la vida moderna—. No es como nuestras pequeñas disputas de los otros bloqueos. Éste es de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

Oscar consideró aquella nueva pieza de información. No sonaba en absoluto prometedora.

—¿Por qué exactamente bloquean las Fuerzas Aéreas una carretera federal?

—La gente siempre ha hecho las cosas de una forma distinta aquí en Luisiana —ofreció Fontenot. A través del delgado auricular del teléfono hubo un crescendo de distantes bocinas de coche—. Oscar, creo que tiene usted que ver esto. Conozco Luisiana, nací y me crié aquí, pero simplemente no tengo palabras para describirlo.

—Muy bien —dijo Oscar—. Estaré ahí en un momento. —Volvió a meterse el teléfono en la manga. Conocía a Fontenot desde hacía más de un año, y nunca le había oído una invitación así. Fontenot nunca invitaba a los demás a compartir los riesgos profesionales que corría; hacerlo contradecía todos los instintos de un guardaespaldas. Oscar no necesitó que se lo pidiera dos veces.

Dejó a un lado su portátil y se puso en pie para enfrentarse a su entorno.

—Muchachos, escuchen, he aquí lo que pasa. Tenemos otro pequeño problema de bloqueo de carretera ahí delante. —Gruñidos de desánimo—. Fontenot está en la situación por nosotros. Jimmy, conecta las alarmas.

El conductor se salió de la carretera y activó las defensas del autobús. Oscar miró brevemente por la ventanilla. En realidad, el autobús de la campaña no tenía ventanillas. Visto desde fuera, el vehículo era un sólido cascarón. Sus grandes «ventanillas» internas eran paneles de pantallas, conectadas a cámaras exteriores que barrían los alrededores con despiadada intensidad. El autobús de la campaña de Bambakias grababa visualmente en vídeo todo lo que captaba. Cuando era necesario, el autobús registraba y catalogaba también todo lo que veía, exportando los datos por enlace por satélite a una casa que era casi una caja fuerte de archivo en las profundidades de las montañas Ro-

cosas. El autobús de la campaña de Alcott Bambakias había sido diseñado y construido para ser ese tipo de vehículo.

Por el momento, el autobús estaba observando pasivamente dos altos muros verdes de oscuros pinos y una línea de medio caídos postes de valla con corroído alambre espinoso. Estaban aparcados en la Interestatal 10, a quince kilómetros de distancia del fantasmal asentamiento postindustrial de Sulphur, Luisiana. Sulphur había atraído una gran cantidad de regocijada atención de su equipo cuando el autobús de la campaña había cruzado la ciudad. En la enroscada niebla invernal, la ciudad cajun parecía una gigantesca refinería de petróleo, salpicada por todas partes con desvencijadas cabañas de paja y dentados hogares remolque.

Ahora la niebla se había alzado, y al otro lado de Sulphur el tráfico era escaso.

—Voy a salir —anunció Oscar— para evaluar la situación local.

Donna, su consultora de imagen, trajo a Oscar una camisa limpia. Oscar aceptó sus tirantes de seda, su sombrero de vestir y su trinchera milanesa.

Mientras la estilista se ocupaba de sus zapatos, Oscar miró meditativamente a su equipo. Un poco de acción y de aire fresco podían mejorar su moral.

—¿Quién desea echarles una ojeada a las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos?

Jimmy de Paulo saltó del asiento del conductor.

—¡Hey, yo voy!

—Jimmy —dijo Oscar suavemente—, no puedes. Te necesitamos para que conduzcas el autobús.

—Oh, claro —dijo Jimmy, y se derrumbó frustrado en su asiento.

Moira Matarazzo se puso reluctante en pie en su litera.

—¿Hay alguna razón por la que yo deba ir? —Aquél era el primer período prolongado fuera de cámara de Moira, después de meses como portavoz de la campaña ante los

medios de comunicación. La normalmente meticulosa Moira iba ahora despeinada, sin lápiz de labios, las cejas revueltas, con un arrugado pijama de algodón. El brillo de sus hinchados ojos color champán hubiera asustado a una serpiente de agua—. Porque *iré* si se me pide que lo haga, pero realmente no veo por qué *debería* hacerlo. —Dejó escapar un ligero gemido—. Los bloqueos de carretera pueden ser *peligrosos*.

—Entonces definitivamente tendrías que ir. —Era Bob Argow, el administrador de sistemas de la campaña. El nivel del tono de voz de Bob dejó fríamente claro que estaba acercándose al punto de la detonación emocional. Bob había estado bebiendo firmemente desde la celebración de la victoria en Boston. Había empezado a beber como un alegre alivio, y a medida que los kilómetros pasaban bajo sus ruedas y las botellas se iban vaciando metódicamente, se había sumergido en la clásica depresión postraumática.

—Iré con usted, señor Valparaíso —gorjeó Norman-el-Interno. Como de costumbre, todo el mundo ignoró a Norman.

Los doce miembros del equipo seguían cobrando oficialmente su sueldo, rebañando lo que quedaba de los fondos de campaña de Bambakias. Oficialmente, todos ellos estaban tomando unas muy merecidas «vacaciones». Se trataba de un gesto típicamente generoso de Alcott Bambakias, pero también era una situación específicamente dispuesta para apartar suavemente al equipo de la campaña de las inmediaciones del nuevo senador electo. Allá en su ultramoderno cuartel general en Cambridge, el carismático multimillonario estaba reuniendo apresuradamente un equipo completamente nuevo, el personal que le ayudaría a gobernar en Washington. Tras meses de frenético trabajo en equipo y enormes sacrificios personales, los responsables de la campaña habían sido barridos con un cheque y un efusivo apretón de manos.

Oscar Valparaíso había sido el consultor político jefe de Bambakias. También había sido el director ejecutivo de la campaña. De los despojos de la victoria, Oscar se había ganado rápidamente una nueva misión. Gracias a tirar de unas cuantas cuerdas entre bastidores, Oscar se había convertido en un recién nombrado analista político para el Comité Científico del Senado de los Estados Unidos. El senador Bambakias serviría pronto en ese comité.

Oscar poseía metas, una misión, opciones, tácticas y un futuro. Los otros miembros del personal de la campaña carecían de todas esas cosas. Oscar lo sabía. Conocía demasiado bien a toda aquella gente. Durante los últimos dieciocho meses los había reclutado, reunido, pagado, dirigido, halagado y engatusado, los había fundido a todos en una unidad de trabajo. Había alquilado su espacio donde trabajar, controlado sus cuentas de gastos, dado títulos laborales, supervisado su acceso al candidato, incluso mediado en problemas de abusos y asuntos sentimentales. Finalmente, los había conducido a todos a la victoria.

Oscar estaba todavía en el centro del poder, de modo que su equipo emigraba instintivamente tras su estela. Estaban «de vacaciones», unos operadores políticos profesionales esperando que surgiera algo nuevo. Pero el espíritu de cuerpo en el entorno de Oscar tenía toda la fuerza flexible de una galletita de la suerte.

Oscar tomó su bolsa de hombro de piel color rojo oscuro y, tras madura consideración, metió en ella una pequeña pistola spray no letal. Yosh Pelicanos, el principal ayudante y hombre para todo de Oscar, le pasó una bien respaldada tarjeta de crédito. Pelicanos estaba visiblemente cansado y con una cierta resaca todavía a causa de la prolongada celebración, pero estaba despejado y alerta. Como segundo oficial al mando de Oscar, Pelicanos siempre se sentía orgulloso de que se pudiera contar con él.

—Iré contigo —dijo Pelicanos, buscando su sombrero—. Déjame vestirme adecuadamente.

—Tú te quedas, Yosh —le dijo Oscar suavemente—. Estamos muy lejos de casa. Mantén un ojo atento aquí atrás.

—Traeré un café —bostezó Pelicanos, y en un reflejo conectó las noticias por satélite, borrando una de las ventanillas del autobús en una ráfaga de datos de agencia.

—¡Yo iré con usted! —insistió entusiasta Norman—. Vamos, Oscar, ¡déjeme ir! —Norman-el-Interno era el último de su clase que quedaba en la campaña. La ajetreada campaña de Bambakias había alardeado en su momento de tres docenas enteras de internos, pero todos los demás voluntarios no pagados de la campaña se habían quedado atrás, en Boston. Norman-el-Interno, en cambio, un muchacho del MIT, se había pegado obsesivamente a ellos, trabajando fanáticamente y absorbiendo niveles inhumanos de abuso. El equipo de la campaña se lo había traído consigo «de vacaciones», más por hábito que por ninguna decisión consciente.

La puerta se abrió con un seco *pop* neumático. Oscar y Norman salieron del autobús por primera vez en cuatro estados. Tras cientos de horas dentro de su vehículo, pisar el suelo era como bajar a otro planeta. Oscar notó con vaga sorpresa que los remendados arceles estaban pavimentados con toneladas de crujientes conchas de ostras.

Las altas hierbas de la zanja estaban aplastadas por el viento y eran de un color verde pardusco. El viento venía del este, trayendo consigo el mal olor de la distante Sulphur..., un olor bioindustrial. Hedía como una destilería de monstruos genéticos: como rabiosas levaduras devorando hierba recién cortada. Una V blanca de airones en plena migración dibujaba el nublado cielo sobre sus cabezas. Estaban a finales de noviembre de 2044, y el sudoeste de Luisiana se estaba preparando remisamente para el invierno. A todas luces no era el tipo de invierno que nadie en Massachusetts reconocería.

Norman tomó una moto de su fijación en la parte de atrás del autobús. Las motos eran diseñadas y vendidas en

Cambridge, Massachusetts, y estaban cubiertas con logotipos sindicales, advertencias de seguridad antipleitos y pegatinas baratas de *software*. Era muy típico de Bambakias comprar bicicletas con más letreros encima que un avión transcontinental de línea regular.

Norman fijó el sidecar y comprobó la batería.

—No te embales —le advirtió Oscar, subiendo al sidecar y depositando el sombrero sobre sus rodillas. Se pusieron los cascos de espuma y se metieron en la carretera detrás de un camión eléctrico de caja plana.

Norman, como siempre, condujo como un maníaco. Norman era joven. Nunca había conducido ningún vehículo motorizado que no llevara incorporados sistemas de dirección y equilibrio. Condujo la moto con una intensa falta de gracia física, como si intentara hacer álgebra con las piernas.

El atardecer empezaba a posarse suavemente sobre los pinos. El tráfico estaba parado a lo largo de dos kilómetros en el lado este del puente del río Sabine. Oscar y Norman siguieron por el arcén, con la moto y el sidecar crujiendo sobre las conchas de ostras con rezumante facilidad cibernética. La gente atrapada en el tráfico detenido tenía un aire estoico y resignado. Los grandes profesionales de la carretera —camiones cisterna con productos bioquímicos de extraño aspecto y grandes, sucios y malolientes camiones de pescado— ya estaban dando la vuelta y marchándose. Los bloqueos de carretera eran un triste asunto muy común en esos días.

La oficina de turismo del estado de Luisiana mantenía un puesto de hospitalidad a un lado de la carretera, situado junto a la orilla del río, en la frontera misma del estado. El cuartel general turístico era una emotivamente fea estructura de falso estilo pre Guerra Civil de ladrillo y columnas blancas.

El edificio había sido rodeado con alambrada plegable de bordes afilados como navajas. La carretera a Texas esta-

ba totalmente bloqueada con garitas de centinela, barreras a franjas y racimos no letales de minas lapa y minas de espuma.

Había un enorme helicóptero militar negro mate colocado sobre sus patines a un lado de la carretera, mecánicamente atento y profundamente extraño. El helicóptero negro iluminaba el asfalto con deslumbrantes focos azulados. La colosal máquina estaba armada hasta los dientes con grandes masas esqueléticas de armamento de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Las antiguas armas aire-a-tierra eran tan alocadamente complejas y arcaicas que su función era un completo misterio para Oscar. ¿Eran lanzadores de agujas Gatling? ¿Aceleradores de partículas? ¿Pistolas de rayos de algún tipo, quizá? Eran como una mezcla pesadillesca de colmillos de lamprea y máquina de coser.

Dentro del brillante marco del resplandor del helicóptero, pequeños pelotones de personal de las Fuerzas Aéreas uniformados de gris detenían y se enfrentaban a los coches que intentaban abandonar Luisiana. La gente dentro de los coches, en su mayor parte turistas texanos, parecían convenientemente amedrentados.

La gente de las Fuerzas Aéreas estaba efectuando un registro con todas las de la ley. Sacaban cajas blancas de los depósitos refrigerados de los coches y enfrentando a los viajeros con su contenido.

Norman-el-Interno era estudiante de ingeniería. Apartó su fascinada mirada del abrumador armamento del helicóptero.

—Pensé que éste sería un simple bloqueo parcial, más parecido al de esos moteros errantes allá en Tennessee —observó—. Quizá sería mejor que nos marcháramos de aquí.

—Ahí está Fontenot —señaló Oscar.

Fontenot les hizo señas con los brazos. Su vehículo de avanzada, un recio todoterreno eléctrico, estaba aparcado en la cuneta. El director de seguridad de la campaña lleva-

ba un largo impermeable amarillo y unos tejanos manchados de barro.

Siempre era tranquilizador ver a Fontenot. Antiguamente Fontenot había sido agente del Servicio Secreto, un veterano de seguridad de calibre presidencial. Fontenot conocía personalmente a varios presidentes norteamericanos. De hecho, había servido como guardaespaldas a un expresidente tras perder su pierna izquierda.

—Las Fuerzas Aéreas llegaron hacia el mediodía —les informó, apoyándose sobre el acolchado parachoques de su vehículo y bajando sus binoculares—. Trajeron consigo sus bombas de pegamento y algunos espumeadores. Más los caballetes y el alambre.

—¿Así que al menos no destruyeron la calzada de la carretera? —dijo Norman.

Fontenot lo ignoró cordialmente.

—Dejan pasar a la gente de Texas sin problemas, y no ponen impedimentos a los que llevan matrícula de Luisiana. Se ocupan sólo de los de fuera del estado que salen de él.

—Supongo que eso tiene sentido —dijo Oscar. Dejó a un lado su casco, ajustó su pelo con un peine de bolsillo y se puso el sombrero. Luego salió cuidadosamente del sidecar de la moto, intentando no mancharse los zapatos. La orilla de Luisiana del Sabine era esencialmente una gigantesca ciénaga.

—¿Por qué lo hacen? —preguntó Norman.

—Necesitan el dinero —le dijo Fontenot.

—¿Qué? —exclamó Norman—. ¿Las Fuerzas Aéreas?

—No han recibido los fondos federales necesarios para pagar sus facturas de energía de la base aérea local. O bien pagan, o la compañía les corta la electricidad.

—La sempiterna Emergencia —concluyó Oscar.

Fontenot asintió.

—Los federales desean dismantelar esa base aérea desde hace años, pero Luisiana se muestra realmente testaruda al respecto. Así que el Congreso la retiró de las resolu-